

II DOMINGO DE PASCUA (Ciclo B)

El Evangelio nos presenta un relato conmovedor y lleno de significado que nos invita a reflexionar sobre la fe, la duda y la presencia viva de Cristo entre nosotros.

Encontramos a los discípulos reunidos en un lugar, llenos de miedo y con las puertas cerradas por temor a los judíos. Es comprensible que se sintieran así después de los eventos tumultuosos de la crucifixión de Jesús. Pero en medio de su temor, Jesús aparece entre ellos y les muestra sus manos y su costado, demostrando así que es realmente Él, el Señor resucitado. Es un momento de gran alegría y asombro para los discípulos, que experimentan la presencia viva del Maestro.

Sin embargo, Tomás, uno de los discípulos, no estaba presente en ese momento. Cuando los otros le cuentan lo que han visto, él duda y dice que no creerá a menos que lo vea por sí mismo. Esta actitud de Tomás es comprensible. Todos tenemos nuestras dudas en algún momento de nuestras vidas. Pero lo importante es cómo respondemos a esas dudas.

Una semana después, Jesús se presenta de nuevo ante los discípulos, y esta vez Tomás está con ellos. Jesús le invita a tocar sus manos y su costado, y en ese momento, Tomás exclama: "¡Señor mío y Dios mío!" Es un momento de profunda revelación para él, donde su fe se fortalece al experimentar personalmente la presencia viva de Jesús resucitado.

Jesús entonces pronuncia unas palabras que son significativas para todos nosotros: "Dichosos los que crean sin haber visto." Esta declaración nos recuerda que la fe no se basa en pruebas tangibles, sino en una confianza profunda en la palabra de Dios y en Jesucristo. Aunque no podamos ver físicamente a Jesús como lo hicieron los discípulos, podemos experimentar su presencia a través de la fe y el testimonio de aquellos que le han conocido.

En nuestra vida cotidiana, también tenemos momentos de duda y temor. Pero al igual que los discípulos, podemos encontrar consuelo y fortaleza en la presencia viva de Jesús en la Eucaristía, reunidos en Iglesia, en fraternidad con otros cristianos. Podemos experimentar su amor y su poder transformador cuando abrimos nuestros corazones a él en oración y en comunidad.

Pidamos a la Virgen Santísima que nos inspire a renovar nuestra fe en Jesucristo, el Señor resucitado, vivo y presente, y a confiar en su promesa de vida eterna para aquellos que creen en él.